

LOS PROCEDIMIENTOS TÁCTICOS DE LAS FUERZAS ENFRENTADAS EN LAS CAMPAÑAS DEL RIF 1919–1922

Salvador FONTENLA BALLESTA¹

RESUMEN

El Ejército de Tierra español evolucionó con las campañas de Marruecos, para mejorar en su organización, armamento, equipamientos, procedimientos tácticos y autoestima. Pasó de un ejército con soldados de reemplazo, a uno mixto con unidades de reemplazo y unidades profesionales, con tropas indígenas y europeas, pero siempre bajo mando de oficiales españoles. Los oficiales que combatieron en África constituyeron el alma de un Ejército forjado sobre el inhóspito suelo y bajo el ardiente sol africano.

PALABRAS CLAVE: Rif, Annual, Abdelkrim, posiciones, harca, tropas indígenas, Juntas de Defensa, aeronáutica militar, gases de guerra.

ABSTRACT

The Spanish Army evolved with the Moroccan campaigns to improve its organization, weapons, equipment, tactical procedures and self-esteem. It

¹ General de Brigada de Infantería del Ejército de Tierra (retirado). Doctor en Historia.

went from an army with replacement soldiers, to a mixed one with replacement units and professional units, with indigenous and European troops, but always under the command of Spanish officers. The officers who fought in Africa constituted the soul of an Army forged by the inhospitable ground and under the burning African sun.

KEY WORDS: Rif, Annual, Abdelkrim, positions, Marrocan Harca, indigenous troops, Defense Boards (“Juntas de Defensa”), military aeronautics, war gases.

* * * * *

INTRODUCCIÓN

La guerra para la pacificación de protectorado español en Marruecos duró 18 años (1909–1927). Cada año tuvo sus características bien diferenciadas por condicionantes de toda índole, entre los que destacamos:

- La voluntad política de los diferentes gobiernos españoles, unas veces partidarios de primar el empleo de la fuerza y en otras priorizar la acción política. Aunque la experiencia demostraba que esta última no era eficaz sino iba precedida y acompañada por la primera.
- Hubo dos zonas diferentes: la oriental, sobre la base de la comandancia militar de Melilla, y la occidental, sobre las de Ceuta, Tetuán y Larache. Las dos zonas eran diferentes en el terreno, climatología, idiosincrasia del enemigo, fuerzas propias y ambiente.
- Como consecuencia de las consideraciones anteriores, la organización, entidad, medios y adiestramiento del ejército español eran diferentes según la zona y la campaña.
- Los procedimientos tácticos evolucionan al compás del armamento, la situación (o conjunto de circunstancias que caracterizan un problema militar: terreno, enemigo, medios de la acción y ambiente físico y humano) y la clase de lucha (guerra convencional o de guerrilla). La Primera Guerra Mundial (1914 – 1918) supuso una revolución armamentística, que tuvo su correspondiente reflejo en este conflicto bélico.

Muchos historiadores cuando han hecho una valoración de las fuerzas españolas en estas campañas han hecho una simplificación errónea o torticera, porque hay que distinguir varias etapas bien diferenciadas:

- Primera etapa (1909–1913). Comprende las campañas de Melilla, Kert y de Tetuán, con unas fuerzas militares adecuadas a las misiones encomendadas por el gobierno español.
- Segunda etapa (1914–1918). Supuso la paralización de las operaciones militares en todo el protectorado, impuesta por los franceses, a causa de la Primera Guerra Mundial. Además, no solo no se tuvieron en cuenta los adelantos armamentísticos que se produjeron en la guerra europea, sino que hubo una reducción de fuerzas y una degradación sucesiva del armamento que había en África, por falta de reposición y por las duras condiciones de uso continuado en posiciones, destacamentos, marchas, y con una meteorología adversa.
- Tercera etapa (1919–1921). Reinicio de las operaciones simultáneamente en las dos zonas, sin subsanar las deficiencias anteriores, y agravadas por la actuación política e insolidaria de las Juntas de Defensa. El resultado fue el derrumbamiento de la comandancia militar de Melilla.
- Cuarta etapa (1922–1927). Reconquista del territorio perdido y ocupación militar del resto del territorio del protectorado asignado a España. Las deficiencias militares anteriores se fueron subsanando progresivamente, aunque hubo algunas vacilaciones políticas que influyeron en el ritmo de las operaciones militares.

También podemos diferenciar a las fuerzas enemigas, en general, dos etapas:

- Primera etapa (1909–1921): Empleo exclusivo de harcas irregulares, sin unidad de acción. en una lucha de guerra de guerrillas.
- Segunda etapa (1921–1927): organización de un ejército regular, bajo un solo mando (Abdelkrim), sin excluir totalmente el empleo de harcas y de lucha irregular.

Este trabajo se centrará exclusivamente entre los años 1919 y 1922 y circunscrito a la zona oriental, aunque estuvo fuertemente influenciada por el devenir de las operaciones militares en la zona occidental. El análisis de los procedimientos tácticos se hará en función de la misión, el terreno y los medios de las fuerzas enfrentadas.

El terreno

La orografía del Rif era caótica, muy apta para la lucha de guerrillas, pero muy similar a las Alpujarras españolas. Se puede dividir en dos zonas, la Bahía de Alhucemas y la zona oriental.

La zona de la Bahía de Alhucemas estaba constituida por la espina dorsal de la cadena rifeña, y en su centro está situada la Bahía de Alhucemas. Se puede, a su vez, dividir en dos comarcas de distintas características: la montaña solo apta para el pastoreo y la vega de Alhucemas, regadas por los ríos Necor y Guis, de gran fertilidad.

La zona oriental, comprendida entre las dos estribaciones orientales de la cadena montañosa rifeña y el río Muluya; es zona esteparia y semidesértica, salvo el valle del río Muluya, en el resto del territorio, ante la escasez de pastos, se impuso el nomadismo.

La Bahía de Alhucemas estaba bajo el dominio de la aguerrida cabila de Beni Urriaguel, era el corazón del Rif y la zona clave, Los caminos del Rif eran simples sendas de herradura, relativamente practicables en las llanuras y muy difíciles en las montañas, donde eran frecuentemente destruidos por las lluvias, y los cruces de los caminos eran innumerables, difíciles de orientarse por ausencia de señalizaciones. Los pasos de los ríos no tenían puentes, debiendo flanquearse por vados, e imposible de hacerlo con lluvias torrenciales.

La población

La población era de carácter rural, y distribuida entre 71 tribus o cabilas de bereberes islamizados, con fuertes rivalidades ancestrales, por herencias familiares, y deudas de sangre por robos y asesinatos. No tenía cohesión social, política, ni económica, con una agricultura y ganadería de subsistencia que facilitaban el aislamiento. Las cabilas se dividían en fracciones, subfracciones y poblados de dimensiones variables. Cada entidad estaba dirigida por un jefe y una asamblea vecinal (*yamaa*) que era uno de los órganos esenciales de las tribus y que representaba los intereses colectivos. Las cabilas del Rif se regían prácticamente de forma independiente del sultán de Fez, y sus relaciones con él estaban regidas por las conveniencias, marcadas por sus posibilidades de protección o de castigo.

Las aldeas o aduares estaban formadas por casas aisladas entre sí, a causa de la mutua desconfianza. Cada aduar estaba situado en posiciones dominantes, como fortalezas, estaban cercadas por altas y espesas chumbe-

ras y vigiladas por numerosos perros. Todas las viviendas tenían un corral y a su alrededor habitaciones sin comunicación entre ellas. Las viviendas estaban blanqueadas con cal en su interior y tenían pocas aberturas al exterior, por lo que no recibían más luz que la de la puerta de la entrada. Las casas estaban aspilleradas, de manera que enfilaban la entrada, para poder defenderse en caso de agresiones, y solían cruzar fuegos entre ellas.

CAMPAÑA DE 1919

Los objetivos encomendados para esta campaña, a la zona oriental, fueron los siguientes:

- Ocupar Tafersit, mediante un gran movimiento envolvente, para salvar la zona montañosa que se interponía. Pero, para ello era necesario ocupar previamente el puesto de Hasi Uenzga, en el sur de nuestra zona de acción e importantísimo punto de aguada de la cabila de Metalza, que cerraba el camino a Tafersit, y se encontraba amenazado por guardias de harcas enemigas.
- Fortalecer la línea avanzada, ocupando una posición que por sus condiciones dominantes pueda batir con cañón el terreno de la orilla oriental del río Kert, para que pudiera apoyar eficazmente a las fuerzas de protección de los convoyes a la alcazaba de Hach Amar.

LA ORGANIZACIÓN Y PROCEDIMIENTOS TÁCTICOS DE LAS HARCAS

Los procedimientos empleados por las cabilas rifeñas fueron los característicos de la lucha de guerra de guerrillas. Las acciones más normales eran pequeñas agresiones, golpes de mano, emboscadas y hostigamientos, cuando tenían todas las circunstancias a su favor. No se presentaban al combate de forma decidida y franca, rehuían, en lo posible, el choque al arma blanca, a no ser que tuviera clara superioridad. Se presentaban en formaciones diluidas y para aprovechar la eficacia de su armamento lo utilizaba a corta distancia sobre las formaciones españolas que ofrecían mayor vulnerabilidad, por ser más numerosas y menos móviles. La mayoría de las bajas que ocasionaron fueron con tiros a la espera.

Los ataques en fuerza de las harcas se caracterizaban por su dispersión y desorden en su ejecución, que hacían impredecibles su intensidad,

dirección y acometividad. Las harcas con extraordinaria movilidad y perfecto conocimiento del terreno, buscaban sistemáticamente los flancos de las columnas adversarias para frenar o detener su progresión.

Los ataques para apoderarse de alguna posición no lo hacían en masa, persuadidos de la superioridad de efectivos y de armamento de los españoles, por lo que recurrieron a la sorpresa, como en Abarrán o Akba al-Kola. Frecuentemente complementado organizando posiciones defensivas (trincheras) para impedir el paso de los convoyes con agua, municiones y víveres, como fue en Igueriben y Cudia Tahar.

Llama la atención la proliferación de excavaciones de trincheras que hicieron las harcas enemigas, y los magníficos resultados tácticos que obtuvieron del trabajo como forma de la acción, como no podía ser de otra manera; tanto en posiciones netamente defensivas, barrear rutas de abastecimientos y preparar emboscadas. Sin embargo, los españoles prefirieron el levantamiento de parapetos sobre las trincheras, seguramente por ser menos trabajosas, considerar que era suficiente protección contra el armamento ligero de las harcas y también porque proporcionaban protección a las tiendas de campaña y depósitos; el resultado no fue bueno y algunas posiciones cayeron por esta causa. Es obligatorio destacar, una vez más, la importancia del trabajo para el infante que tantas veces ha olvidado o despreciado, porque es una forma más de la acción, y tan importante como las demás (fuego, movimiento y choque).

Los harqueños buscaban, en la defensiva, las zonas bajas, en las barrancadas y contrapendientes atrincheradas, para ocultarse de los observatorios artilleros. Así lo hicieron en Igueriben, Tizzi Aza (1921), meseta de Tikermin (1922) Xeruta (1924) y Kudia Tahar (1925). Utilizaban los barrancos como caminos cubiertos, y durante la preparación artillera se colocaban a contrapendiente, para atacar por sorpresa cuando los infantes contrarios llegaban a la cima.

No obstante, eran muy sensibles al envolvimiento y cedían rápidamente en su resistencia en cuanto presentían que la maniobra contraria amenazaba su retaguardia. En cambio, si era envuelto no se entregaban, y trataban de romper el cerco con un ataque a la línea por su punto más débil. Por ello, los españoles en la maniobra por combinación de direcciones procuraban dejar una salida al núcleo principal de los harqueños, para luego reducir a los pequeños grupos aislados y a los rezagados. Consecuentemente, se consideraba un error táctico tratar de acorralar a las harcas, porque se les obligaban a combatir a la desesperada, retrasaba el avance de las fuerzas propias y aumentaban sus bajas.

El armamento era prácticamente solo a base de fusiles modernos (británicos, franceses y estadounidenses) que compraban de contrabando en las costas y en la frontera. No poseían armas colectivas (ametralladoras o cañones).

La logística era muy elemental, se reducía a lo que cada cabileño podía transportar de forma individual, por lo que no podían sostener acciones y combates muy prolongados.

FUERZAS ESPAÑOLAS

Las fuerzas españolas en esta zona estaban compuestas por tropas españolas de reemplazo, Regulares y Policía Indígena. La Policía, aunque sus misiones debían de ser de información y de policía, se les empleaba generalmente, por escasez de otras fuerzas militares, como fuerza de maniobra y de choque.

El licenciamiento de un reemplazo suponía siempre un vacío en la operatividad, mientras se incorporaba el nuevo y se instruía debidamente.

La situación política internacional y nacional, la reducción de los presupuestos y los años de inacción, a causa de la Primera Guerra Mundial, llevaron a las fuerzas desplegadas en Marruecos a una situación de abandono, tanto en lo que se refería al estado del material, como en los procedimientos tácticos y la moral de las fuerzas (especialmente la de reemplazo), tan costosos de conseguir y tan fácil de deshacer.

El periodo comprendido entre 1914 y 1918, desde el punto de vista técnico y táctico, puede considerarse como un tiempo perdido para el ejército español y, en especial, para el de Marruecos. El armamento y equipos adquiridos para el Ejército de Tierra, para la campaña de 1909 seguían siendo prácticamente los mismos para esta campaña y las venideras (excepto para el arma aérea) con los inconvenientes que, con los años de servicio, habían sufrido un importante deterioro.

El informe del general Jordana, alto comisario en Marruecos, especificaba que contaba con fuerzas suficientes en el protectorado para conseguir su pacificación, pero siempre que estuvieran siempre cubiertas las plantillas en rigor que, en el momento de redactar el informe (18 noviembre del año anterior), faltaban 5.000 hombres y 1.700 cabezas de ganado.

Las fuerzas de Regulares contaron por primera vez con unidades de ametralladoras, signo de confianza en la lealtad en estas fuerzas, aunque estas unidades de apoyos de fuego estuvieron, al principio, servidas exclusivamente por tropa española.

Los sucesivos recortes en los presupuestos militares para África habían ido produciendo, además del desgaste en los equipos de campaña, los siguientes aspectos negativos:

- La recluta de tropas indígenas presentaba grandes dificultades por la parquedad de los sueldos.
- Escaseaban las municiones, teniéndose que retirar algunas unidades de la línea de fuego, por falta de municionamiento, en combates poco importantes.
- El mantenimiento de las instalaciones telegráficas y telefónicas era deficiente.
- El material de fortificación era insuficiente, siendo algunas posiciones fácilmente hostigadas de forma impune. No había alambradas ni para instalar una nueva posición.
- Escaseaban también los víveres y las tiendas de campaña individuales.
- La única excepción fue que España compró este año 48 ametralladoras Hotchkiss con escudo.

Situación de la Comandancia Militar de Melilla

La mejor descripción de la situación militar en la zona oriental, nos la da el general Dámaso Berenguer, tras su visita de inspección de este mismo año, como nuevo alto comisario español en Marruecos:

La visita a la Comandancia de Melilla me impresionó... aquella guarnición estaba mermada hasta el límite de su eficacia después del último licenciamiento y por la penuria de armas y material... Había también que tener en cuenta la crítica situación porque atravesaba nuestro Ejército por aquellos años los últimos de la guerra europea, y la supresión de recompensas por servicios en campaña que restaba estímulos y fomentaba el sedentarismo... Más allá no existía ningún problema ingente de carácter militar o político... allí no existía el acuciante problema del Raisuni.

No obstante, de las anteriores consideraciones, de que estaba al límite de su eficacia operativa y que tampoco había ninguna necesidad operativa urgente, estimuló y autorizó maniobras ofensivas, de gran radio de acción, audaces y en territorios inseguros.

La estructura de mando español

El 11 de diciembre de 1918 la organización militar del Protectorado se había reducido a dos comandancias, Ceuta y Melilla, simplificando la estructura de mando, pero estas comandancias dependían solo políticamente del alto comisario y no a afectos militares.

El gobierno español, siendo entonces ministro de la Guerra Dámaso Berenguer, decidió nombrar de alto comisario a un civil y suprimir el cargo de general en jefe del Ejército de España en África (Real Decreto de 11 de diciembre de 1918), para lo que aprovechó la circunstancia del fallecimiento repentino del alto comisario, general Jordana, en su despacho, el 18 de noviembre de 1918.

Las intenciones gubernamentales fracasaron, porque ningún político aceptó el cargo, conocedores que no se podía abordar la cuestión política sin resolver la militar. La situación se resolvió con el nombramiento de alto comisario al general Berenguer (enero de 1919) con funciones inspectoras sobre las autoridades y servicios civiles y militares. La medida era muy contraproducente porque rompía con la unidad de mando y la acción de conjunto.

Las atribuciones del alto comisario se ampliaron en agosto de 1919, para solucionar la disfunción anterior, dándole la consideración de general en jefe. Paradójicamente esas atribuciones habían sido limitadas por el mismo general Berenguer, cuando era ministro de la guerra. Este contradictorio cambio de criterio hace sospechar que las intenciones de nombrar un alto comisario civil, y romper la unidad de mando militar tuvo intereses, no declarados, de control de la política española en Marruecos y de las operaciones militares desde el ministerio de la Guerra. Sin embargo, cuando Berenguer fue alto comisario se resistió constantemente a la intervención del nuevo ministro de la Guerra en los asuntos de Marruecos, incluso en los asuntos que eran de su exclusiva competencia de ese ministerio, como las operaciones militares.

Las nuevas potestades otorgadas al alto comisario, mientras fuera un militar (general), fueron principalmente:

- Tener la iniciativa de las operaciones y aprobación de los planes respectivos.
- Proponer los destinos de los jefes y oficiales a las fuerzas indígenas (Regulares, Policía y Mehala).
- Proponer condecoraciones por las operaciones.

Las Juntas de Defensa

La ley de 29 de junio de 1918, promovida por las Juntas de Defensa, eliminó los ascensos y condecoraciones por mérito de guerra, lo que, además de ser un contrasentido en la profesión de las armas, restó atractivos a la oficialidad para incorporarse a las unidades africanas, donde según las ordenanzas militares estaban las ocasiones de mayor riesgo y fatiga. Los efectos perniciosos de esta ley se comenzaron a notar a partir del año siguiente de su promulgación.

Así pasó que llegaron oficiales destinados a Regulares y Policía Indígena sin ninguna afición a estas fuerzas, ni interés por conocer el idioma, costumbres, idiosincrasias de las cabilas, el terreno, etc. La disciplina y el espíritu militar de las unidades africanas comenzaron a resentirse, de forma progresiva.

La Marina de Guerra, cuyo Cuerpo General de oficiales no estaba dividido entre peninsulares y africanistas, permaneció al margen de las Juntas de Defensa, dominadas exclusivamente por oficiales del Ejército. Sin embargo, empezó a incubar un movimiento subversivo interno, teniendo como modelo la revolución bolchevique soviética, que salió a la luz en la Revolución de Asturias de 1934 y eclosionó en julio de 1936.

Procedimientos tácticos

La infantería, como arma principal en la batalla y en el combate, era la base de constitución de las columnas. Además, ejecutaban cometidos de exploración y seguridad, que normalmente corresponderían a la caballería, pero este terreno norteafricano era muy restrictivo para su empleo.

La caballería se empleó con los procedimientos característicos de los combates en montaña: proporcionó seguridad próxima y para adelantarse para ocupar posiciones importantes, aprovechando su velocidad. No se utilizó con las misiones clásicas de exploración e información, que ya empezó a ser desplazada por los medios aéreos, pero sí cumplió la también clásica misión en la protección de la retirada de Annual; y cuando se empleó en la explotación del éxito fue con la precaución de no alejarse de la infantería, para poder recibir su apoyo en caso necesario.

La artillería se utilizó preferentemente para acompañar y apoyar el avance de la infantería, y en la defensiva para contener al enemigo, que por su forma de presentarse en formaciones diluidas tuvo un efecto limitado.

Las bajas propias no se debían dejar nunca en el campo, costara lo que costara, por el efecto moral que tenía sobre el resto de los hombres y las unidades. Los harqueños si veían que se dejaba alguna baja, se echaban rápidamente encima, para degollarlas y mutilarlas salvajemente.

La destrucción absoluta del enemigo era casi imposible, y había que obrar con astucia para conseguir, su desaliento y retirada. ‘La rapidez del combatiente enemigo exigía que también se obrase muy rápidamente contra él, y que no se empeñaran las tropas en combate a un frente determinado, para evitar su gran habilidad de maniobra envolvente, precaverse del peligroso juego del “*torna fuye*”, es decir, simular una retirada rápida para volver a reunirse con rapidez, y revolverse para atacar a alguna de las partes de la columna. La práctica enseñaba que, con este enemigo, la rapidez en las decisiones por parte del jefe, el golpe de vista y la práctica en esta clase de guerra en todos los escalones, aseguraban el éxito de cualquier operación. Por esto debía encomendarse las persecuciones a los núcleos de harcas amigas, que después se retiraban al abrigo de la vanguardia o del flanqueo. Ese grupo de maniobra debía estar a disposición del mando en lugar apropiado y no embebido en ningún escalón determinado de la columna.

Debía reinar en los vivaques un perfecto silencio, desde el ocaso hasta la madrugada, ni se debía encender fuegos. La experiencia demostraba que el harqueño era atraído por los disparos, pero no ante el silencio, pues ante lo desconocido es temeroso, ante posibles emboscadas. Solamente se debía hacer fuego de noche en caso de ataque, pero había que hacerse a la orden, y con calma.

Las razias eran indispensables como castigo a comarcas y cabilas rebeldes. Los moros no reconocían otro castigo más fuerte, y no obedecían más que a la fuerza. Estaban acostumbrados desde tiempos ancestrales a ellas. Las razias se encomendaban a fuerzas indígenas experimentadas y bien mandadas, que formaban dos grupos ligeros, uno encargado de proteger la razia para evitar que el poblado raziado fuera socorrido y otro para llevarla a cabo. Rodeado el aduar a raziar, se le amenazaba con quemarlo si no se presentaban los hombres más importantes, que se tomaban como rehenes y, a continuación, se exigía la entrega de ganado y grano. Organizado el convoy y el repliegue al campamento, se llevaban los rehenes que, por seguridad, no debían soltarse hasta terminar el repliegue. No se debía tocar a las mujeres y niños, y tampoco entrar en las mezquitas.

El poblado no se debía quemar más que en caso de gran resistencia. Si había resistencia el combate se desarrollaba fuera del poblado, y este quedaba vacío de gente y era fácil raziarlo, pero posiblemente las bajas propias no compensaban el castigo de la razia.

Si una cabila se sublevaba había que apagarla en sus comienzos obrando con rapidez y extrema energía. Se castigaba a los culpables en sus bienes y personas, como represalia, se tomaban prisioneros y se imponían fuertes multas, según los medios de cada cual. Si había resistencia se razaba y quemaban las cosechas; pero solo en casos extremos, pero sin sumir al cabileño en la desesperación, porque entonces se declaraba abiertamente enemigo. Había que evitar siempre que el indígena no odiara a los españoles, para lo que había que ser clementes pero justos y enérgicos, aunque el moro solía confundir la clemencia con la falta de energía. Preferible era pecar de injusto por energía que por debilidad. Completado el desarme, se hacía saber que como castigo se pondrían fuertes impuestos y que lo mismo uno que otros iban al tesoro del majzen.

CAMPAÑA DE 1920

LA SITUACIÓN POLÍTICA EN EL CAMPO RIFEÑO

La situación general era de expectativa en las cabilas, no se oponían abiertamente al avance de Las tropas españolas, pero sopesaban sus conveniencias particulares, esperaban acontecimientos y había desacuerdos entre ellas sobre la actitud a adoptar:

- La cabila de Beni Said, fuerte, bien armada, guerrera y con moral alta, permanecía neutral, y se estaba en negociaciones con ella. Esta cabila era una amenaza para Melilla, porque descolgándose del Monte Mauro, podía desembocar en una noche de marcha sobre los barrancos de Río de Oro y Frajana.
- La cabila de Bei Ulixek también estaba en negociaciones con los españoles. Tenía una harca de más de 1.000 guerreros, pero estaba en trance de disolverse.
- La cabila de Tensaman estaba bien poblada, era rica y fuerte. El año anterior sus jefes habían prometido por escrito y de palabra no formar harca, no dar contingentes para otras, no permitir que otras cruzaran su territorio para hostilizar a los españoles, y presentarse a las autoridades cuando se tomara Tafersit. El gobierno español, en compensación, liberó a sus presos, le dio libertad de comercio y de tránsito, y le repuso el pago de pensiones. Pero esta cabila no cumplió uno solo de sus compromisos, porque mantenía harca permanente en las cabilas de Beni Said y Beni Tuzin y no se presentaron en Tafersit, por lo que se le volvió a suprimir las pensiones.

- La cabila de Beni Urriaguel, donde se invertía más de 10.000 pesetas en pensiones, tenía divergencias internas, y convenía mantener el statu quo para que no agrediera al Peñón de Alhucemas y con vista a futuras operaciones, pero las negociaciones estaban bloqueadas.
- La cabila de Beni Tuzin parecía que estaba a favor de los españoles, y aunque tenía una harca de Beni Urriaguel y otra de Tensaman en su territorio, estas no hostilizaban y era probable que se disolvieran. Mohamed Buljerif, “xeij” de la cabila de Beni Tuzin, buen colaborador de España y de gran prestigio en la cabila de Beni Tuzin, fue asesinado el 23 de octubre, al parecer por quedarse con 30.000 pesetas de las participaciones de la Compañía Española de Minas del Rif. Este hecho perjudicó notablemente la colaboración política de esta cabila con los españoles.
- La cabila de Metalza se podía considerar sometida y había pedido quedar bajo protección de las fuerzas españolas.



OBJETIVOS PARA LA CAMPAÑA

La finalidad última del nuevo ciclo de operaciones era la sumisión y adhesión de la cabila de Beni Said, para lo que primero era necesario lograr su aislamiento, lo que se consideraba alcanzado con la ocupación de Tafer-sit. Así, el alto comisario señaló, en una directiva, que el objetivo principal

para este año era Tafersit, para desde allí irradiar nuestra acción política, poder proseguir el avance español hacia el interior del Rif y aislar la cabila de Beni Said.

El envolvimiento de Beni Said se consideraba que era más factible hacerlo por el sur, para evitar el macizo montañoso del monte Mauro, aunque tenía el inconveniente de dejar el flanco norte de la penetración expuesta a ataques provenientes de esta zona montañosa, muy apta para la lucha de los rifeños.

Tafersit estaba situado en el valle del río Kert, a 70 kilómetros de Melilla, en la vertiente oriental del Yebel Beni Tuzin, en el cruce de los caminos a Taza y al Rif central y entre las cabilas de Beni Tuzin, Beni Ulijet, Zennaia y Metalsa. Tenía una población, entre 2.500 y 3.000 habitantes, que vivían en un conglomerado de viviendas, rodeadas de magníficas huertas.

Contradicciones operativas

Las operaciones militares para el envolvimiento de la cabila de Beni Said y su adhesión, aprobada por el alto comisario, era un plan ambicioso, que se contradecía con la decisión de que la Comandancia de Melilla tuviera el esfuerzo secundario. Aunque fuera, como era de rigor, precedida y acompañada de una intensa labor política, para ganarse a los notables de la cabila, se necesitaba recursos económicos para ganar sus voluntades y suficiente presencia de tropas para que fueran disuasorias.

La operación era muy arriesgada por su profundidad y por llevar un flanco expuesto a los ataques en fuerza de las harcas rifeñas. Las acciones políticas, aunque necesarias, no eran siempre seguras, sobre todo, teniendo en cuenta el alargamiento de la línea del frente y de las rutas de abastecimiento.

La ocupación de Xauen en la zona occidental, que era la que llevaba el esfuerzo principal, también era una operación profunda y arriesgada, aunque tenía la potencia suficiente, con tres fuertes columnas.

La coincidencia en el tiempo, verano de 1920, de ambas operaciones, separadas geográficamente y por la envergadura de las mismas iba contra el principio de economía de medios, y por tanto contra el de capacidad de ejecución porque, estando las dos acciones empeñadas, era inviable que alguna pudiera romper el contacto para ir en apoyo de la otra, en tiempo oportuno. Tampoco se contaba con reservas centralizadas en la Península, preparadas y alertadas.

FUERZAS ESPAÑOLAS

La situación del Ejército español en Marruecos siguió con su progresivo deterioro, por la escasez de presupuestos, interferencia de las Juntas de Defensa en las valoraciones de los méritos de los que combatían en África y, además, los problemas de estructuras de mando seguían sin resolverse.

El ministro de la Guerra señaló graves deficiencias, que a él y su gobierno incumbía subsanar y no subsanaron:

- Las piezas de artillería estaban en mal estado, por las largas permanencias en las posiciones.
- Los aviones eran escasos y heterogéneos, lo que dificultaba su mantenimiento y su operatividad.
- Los hospitales estaban en barracones, en número insuficientes, malos, ruinosos y míseros. Faltaban salas de cirugía, aparatos radiográficos y quinina para el paludismo.
- Muchos de los cuarteles también estaban formados por barracones viejos y ruinosos.

Además, el mismo ministro asumía los principios de las Juntas de Defensa, que era entonces lo “políticamente correcto”. Así aseveraba que era muy difícil valorar las recompensas de los destinados en África, porque era muy diferente estar en poblaciones o en posiciones (cuando había unidades que estaban muchos meses seguidos sin ir a población alguna), e incluso los que estaban en los destacamentos tenían diferentes grados de exposición al enemigo, y como cuando redactó el informe (verano de 1920) las operaciones militares eran muy limitadas no justificaban las recompensas, lo que era un desprecio al constante goteo de bajas por hostigamientos y agresiones. Fue “todo un profeta” para lo que se iba acontecer pocos meses después, porque además afirmó que *la acción se limita a la molestia natural de permanecer lejanos de España o de habitar en posiciones que carecen de comodidad y de alegría de ninguna clase* (es decir que la molestia entre estar paseando en la Gran Vía de Madrid y estar destacado en una reducida posición, en un terreno y clima inhóspitos, con aguadas diarias y ante la constante amenaza de agresiones y asedio, era solo limitada). Este ministro de la Guerra ya debía ser consciente que la nueva e injusta política de recompensas estaba desnutriendo de oficiales idóneos a las unidades africanas, especialmente a las fuerzas de choque, y que el ciclo de operaciones militares se había reiniciado, en ambas zonas.

Siguen los problemas de la estructura de mando

Dámaso Berenguer y Silvestre eran dos generales de prestigio, ganado en las campañas que habían participado a lo largo de su vida militar. Tenían experiencia en el mando de tropas, en los problemas políticos y técnicos en la administración de los territorios ocupados, y en el conocimiento de la idiosincrasia de los habitantes de la zona.

Los problemas de mando que se iban a suscitar entre ambos generales, aun suponiendo que el cargo de alto comisario se le atribuya un carácter civil, hay que achacarlos a la falta de habilidad política del gobierno español, pues ya lo adelantó el Marqués de Santa Cruz en su obra “Reflexiones Militares”:

No conviene destacar juntos a dos oficiales del mismo grado si en el destacamento no va uno de carácter superior; pues siendo de igual a igual, se manda con mucha contemplación y se obedece con más repugnancia.

Procedimientos tácticos

Las operaciones sobre Xauen demostraron el alto estado de moral de la fuerza, las capacidades de maniobra y coordinación de las columnas españolas, y las capacidades logísticas para alimentarlas. El reducido número de bajas en esta operación, a pesar de estar situada Xauen en el corazón de la intrincada y abrupta Yebala, con fuerzas enemigas poderosas, fue posible a la manifiesta superioridad de las fuerzas españolas empeñadas y una maniobra envolvente bien ejecutada.

Las operaciones en la zona oriental, de mayo a agosto, fueron excelentes maniobras de alto estilo militar, que desorientaron al enemigo sobre las direcciones de marcha y los objetivos de las columnas. La ocupación de Tafersit y la cabila de Beni Said fue una operación audaz, que sorprendió a los cabileños por su rapidez del movimiento y marchar con los flancos al descubierto. El mérito fue mayor al enfrentarse con un enemigo peligroso en la guerra irregular, en un terreno quebrado, sin vías de comunicaciones, sin cartografía y con un clima muy duro. Los éxitos de los avances territoriales de la Comandancia General de Melilla crearon un optimismo, y grandes satisfacciones en los medios políticos, militares y en la opinión pública.

La ocupación de la cabila de Beni Said embebió la totalidad de las fuerzas disponibles de la Comandancia Militar de Melilla, y no era recomendable nuevos avances, porque era antes indispensable la consolidación del territorio ocupado, que requería más tropas y medios, para hacer efecti-

vas estas ocupaciones, con el establecimiento de nuevos puestos en el frente y sobre las líneas de comunicaciones, y más convoyes logísticos, con sus correspondientes escoltas. Sin embargo, en este caso no fue así y la seguridad del terreno recién conquistado, hubo que hacerse con las mismas fuerzas que lo habían tomado.

La aviación fue el principal elemento de información, sobre el enemigo y el terreno, con el que contaba el Ejército en Marruecos. Los trabajos de interpretación fotográfica consiguieron información detallada de itinerarios, planos de regiones no holladas antes por europeos. España empezó a desarrollar una doctrina propia sobre las misiones y procedimientos tácticos y técnicos de la aviación militar.

El procedimiento de apoyo artillero a la infantería se cambió. Anteriormente cuando finalizaba la preparación se iniciaba el avance de los infantes, y en el nuevo estos avanzaban durante la preparación, y la artillería alargaba el tiro en los momentos previos al asalto, para así conseguir mejor sorprender al enemigo, oculto y protegido en trincheras y abrigos de los fuegos artilleros.

CAMPAÑA DE 1921

El general Silvestre presentó un nuevo plan al alto comisario, el 3 de noviembre de 1920, con la finalidad de envolver y someter a la cabila de Beni Said, en dos fases. El plan que fue aprobado.

La primera fase tenía dos acciones sucesivas:

- Primera. Ocupar Beni Ulixek y alturas que dominan los poblados de Tauarda y Uardana.
- Segunda. Ocupar Tugunt, magnífica posición dominante, Dar Quebdani y posiciones hasta la costa.

La segunda fase consistía en girar bruscamente hacia el norte, para completar el envolvimiento y llegar hasta el mar, con las siguientes acciones sucesivas:

- Previamente había que neutralizar todas las cabilas intermedias, entre la zona dominada por España y la de Beni Urriaguel, es decir, las cabilas de Beni Said, Beni Tuzin, Beni Ulixek y Tensaman.
- Después presionar sobre Alhucemas con dos acciones convergentes y simultáneas, desde la zona occidental y oriental.
- Por último, la ocupación militar de toda la región central del Protectorado, dominada por la cabila de Beni Urriaguel.

LAS HARCAS RIFEÑAS

Las cabilas insumisas mantenían harcas y guardias, que estaban en observación y a la expectativa, pero sin emprender acciones ofensivas.

Las cabilas no sometidas de esta zona contaban con unos 10.000 guerreros sobre la línea de contacto y 40.000 cabileños armados en su retaguardia, que podían incorporarse a la harca, a los que se le podían sumar 11.000 más de las cabilas sumisas en caso de rebelión. Aunque los recelos entre las cabilas impedían que pudieran actuar, a corto plazo, de forma conjunta y bajo una misma dirección.

Abdelkrim

Abdelkrim a partir del año 1919, a la muerte de su padre, se fue haciendo con los resortes del poder de la cabila de Beni Urriaguel, mediante multas y amenazas, financiándose con la venta de los derechos de explotación de los supuestos recursos mineros de la Bahía de Alhucemas, que vendieron a buen precio y, después, resultaron ser improductivos.

El nuevo líder rifeño derrotó, en combate, a los franceses en Ain Mediuna, el 19 de abril de 1919, con lo que consiguió de botín una pieza de artillería, con 300 proyectiles y dos fusiles ametralladores, que aumentaron su prestigio.

Además, Abdelkrim comenzó a dar instrucción militar a su harca, para lo que buscaba cabileños que hubieran servido en Regulares o Policía Indígena para que fueran instructores, y puso guardias que hacían vacilar la actitud de las cabilas de Tensaman y Beni Tuzin.

LAS FUERZAS ESPAÑOLAS

El esfuerzo para dotar al ejército español, en 1909, del armamento y equipos más modernos, había quedado en el olvido de los presupuestos gubernamentales, la infantería carecía de armas ya probadas en la Gran Guerra Europea, como granadas de fusil y de mano, y de otras más modernas que ya dotaban a otros ejércitos, como fusiles ametralladores, mortero y lanzaminas.

La carta del alto comisario al gobierno, 4 de febrero de este año, es bien explícita con la información de la situación precaria de la tropa y de los materiales.

- Escaseaba la recluta de soldados indígenas, porque no se les había subido el salario, y se había suprimido un tercer año del servicio en filas a la tropa de reemplazo, por presiones políticas, por lo que faltaban 15.000 hombres en las plantillas del ejército de Marruecos. La orgánica de los batallones franceses era de unos 1.000 efectivos, mientras que la de los españoles era solo de 600 a 800 combatientes.
- El número de aviones era reducido, de diferentes tipos lo que dificultaba el mantenimiento, y las municiones escaseaban.
- Se carecía de carros de combates, los cañones y las ametralladoras, tenían más de nueve años de servicio continuo.
- Los fusiles y carabinas estaban en una gran proporción descalibrados. Muchas ametralladoras no funcionaban desde los primeros disparos.
- Los servicios sanitarios estaban escasos de material y era anticuado.
- El número de camiones en 1921, en todo el Protectorado español no debía pasar del medio centenar y los operativos no serían muchos más de 30.
- Los soldados no contaban con vestuario apropiado, como abrigo tenían solo una manta. Las alpargatas no servían para las épocas de lluvia y frío y, en muchas ocasiones, se perdían en los barrizales del camino y tenían que marchar descalzos. La tropa dormía sin sábanas en los cuarteles y al raso en el campo, por falta de tiendas de campaña.
- La alimentación no podía ser de la cantidad y variedad que debiera, por falta de presupuesto.

La perniciosa Junta de Defensa Nacional, por si fuera poco, decidió, el 22 de mayo de 1921, en una intromisión política inaceptable y militarmente incomprensible, no adquirir una gran partida de material de guerra francés y británico (aviones, carros de combate, ametralladoras, etc.) excedentes de la Primera Guerra Mundial.

Estado de fuerzas de la Comandancia General Militar de Melilla

La fuerza de esta Comandancia, sumaba casi 25.000 hombres, repartidos en más de 100 posiciones, de las que unas 20 superaban los 100 hombres de guarnición, y en columnas móviles, de composición variable, con bases en Kandusi, Beni Said, Annual, Dar Drius, Cheif y Zoco Telata.

Ni las posiciones ni las columnas tenían cohesión orgánica, pues estaban mezcladas, sin continuidad en el tiempo, compañías de diferentes regimientos y batallones. De esta fuerza operativa habría que restar más de 6.000 que estaban emboscados por diversas causas (rebajados, destinos y otras corruptelas).

Esta fuerza se podía llegar a enfrentar contra una harca de 10.000 harqueños sobre la línea de contacto, sin contar los posibles refuerzos, en breve plazo de otros 50,000, de otras cabilas, ya citados al tratar de las fuerzas rifeñas.

La desproporción de fuerzas era netamente favorable a los rifeños, porque además las tropas españolas estaban diseminadas en más de un centenar de posiciones, y la harca podía concentrar su esfuerzo en un punto determinado, donde tendría siempre superioridad numérica y de fuegos, y así podía batir las posiciones de una en una, y de forma sucesiva. Esto fue lo que ocurrió: Abarrán, Sidi Dris, Igueriben...

La organización de fuerzas indígenas, para evitar bajas de tropas españolas, se hizo sin guardar una proporción suficiente de unidades europeas, y las que había no eran de buena calidad. Vulnerabilidad, que se puso de manifiesto en la retirada de Annual, porque las tropas indígenas combaten bravamente cuando la fortuna es propicia, pero en caso contrario para que no hagan defección deben estar encuadradas, en proporción suficiente, entre unidades europeas de reconocido prestigio.

El general Silvestre estimaba en marzo que tenía fuerzas suficientes. Sin embargo, en junio, después de la pérdida de Abarrán, cambió de opinión, y ya pidió entonces, con tiempo suficiente, los refuerzos de un Grupo de Regulares y una harca amiga, que le fueron denegados.

Es indudable que este rápido cambio de opinión no se debió a un brusco cambio de la situación, sino a un manifiesto fallo de información. Error provocado por la ineficacia de los oficiales responsables de este cometido, generalmente destinados en la policía indígena, sin experiencia y sin conocimientos suficientes de su idiosincrasia e, incluso de su idioma.

Esta errónea política de personal hay que cargar directamente a las Juntas de Defensa y a los que consintieron con su egoísta e injusta actuación.

CONTENCIÓN Y RECONQUISTA

El derrumbamiento de la Comandancia Militar de Melilla supuso un cambio radical en la situación política y militar, tanto en España como en los territorios del Protectorado español en Marruecos.

Desde el punto de vista operativo, y en este mismo año, el alto comisionario trató inicialmente de defender la plaza de Melilla (sugestionado en la errónea creencia que estaba gravemente amenazada), en vez de contener el desastre y socorrer a las guarniciones sitiadas, a continuación, retomar la iniciativa para reconquistar el terreno perdido.

La inesperada y fácil victoria de las cabilas sobre las tropas españolas provocó el levantamiento general de las cabilas, como era previsible. Esta nueva e inesperada situación fue aprovechada por Abdelkrim, para unificar políticamente a las cabilas rifeñas, bajo su mando y formando un sultanato independiente.

El gobierno español dimitió, a consecuencia del Desastre, y fue sustituido, el 14 de agosto, por otro presidido por Maura. Enterado el alto comisionario de esta dimisión, se consideró en el deber de presentar la suya, pero el nuevo Consejo de Ministros prudentemente lo reafirmó en su cargo.

El tiempo perdido por los españoles para reaccionar fue aprovechado por las harcas para acumular recursos a vanguardia, e incrementar los hostigamientos contra las posiciones españolas. Los notables de las cabilas de Guelaya se presentaron ante Abdelkrim, el 1 de septiembre, y le hicieron acto de sumisión. Esta nueva situación animó al líder rifeño a cruzar decididamente el río Kert, que no había hecho antes, seguramente con la pretensión de adelantar lo más posible su línea de defensa y dar profundidad a la misma.

La colaboración y lealtad de las cabilas próximas a Melilla, más proclives a cambiar de bando si la presión española los forzaba, Abdelkrim la aseguró obligándoles a llevar a sus familias, como rehenes, al otro lado del río Kert. Los harqueños de Beni Urriaguel se encargaron de encuadrar e instruir a los guerreros de otras cabilas, obligadas a combatir con ellos por las buenas o por las malas.

Nuevos objetivos españoles

El general Berenguer envió al nuevo gobierno, el 15 de agosto, un plan para reconquistar el terreno perdido. Plan que el gobierno lo aprobó en todas sus partes, pero siguió las negociaciones directas con Abdelkrim, y otros dirigentes rifeños, con las pretensiones de crear disensiones entre ellos. Las operaciones de reconquista tenían cuatro fases:

- Primera fase. Ocupar simultáneamente el Zoco el Arbaa y Nador, y consolidar ambas posiciones.
- Segunda fase. Ocupación del valle de Segangan con Atlaten, aislando el monte Gurugú y su amenaza sobre la plaza de Melilla.
- Tercera fase. Ocupación de Zeluán.
- Cuarta fase. Recuperar Monte Arruit y alcanzar el río Kert.

Procedimientos tácticos españoles

El desastre de Annual fue un revulsivo nacional, que provocó la reacción necesaria para la reorganización de un ejército capaz de conseguir la victoria militar en poco tiempo. Si no se hizo fue por las vacilaciones políticas y estratégicas de los sucesivos gobiernos españoles.

La creación de la Legión permitió, junto a los Regulares ya organizados desde 1911, tener una masa de maniobra con tropas profesionales, relegando las guarniciones de las posiciones y destacamento a las tropas de reemplazo, que pasaron a asumir, a partir de 1921, un papel secundario en las campañas marroquíes. Las tropas legionarias (cada vez más potenciadas con la organización de nuevas unidades) como fuerzas de choque y europeas, dieron consistencia y cohesión al despliegue sobre el terreno y a las columnas.

La proporción de compañías de fusiles por ametralladoras, fue en aumento y pasó a 15 de las primeras por 9 de las segundas. Las ametralladoras permitían avanzar a los fusileros sin necesidad de detenerse para emplear los fuegos de sus fusiles, hasta la distancia de asalto. La artillería se incrementó hasta una batería por batallón y un grupo por regimiento.

Los procedimientos operativos en la ofensiva mejoraron sustancialmente, en vez de operar las columnas formando una cortina, éstas se movieron desde distintas bases y en diferentes direcciones, en apariencia desligadas unas de otras, para cuyo objetivo final no fuera posible adivinar por el enemigo, desconcertado al verse amenazado desde varias direcciones. Después las columnas convergían sobre el objetivo asignado, cuando al enemigo le era imposible reaccionar, con el tiempo oportuno para impedirlo. Este sistema constituyó un total éxito.

Desde el inicio del empleo de los aviones en el Protectorado, estos volaban a alturas que resultaban impunes al fuego enemigo. Esta táctica era muy discutida por algunos pilotos, que creían que con vuelos bajos podían tener mayor eficacia. Durante este año, gracias a la pericia alcanzada por los pilotos, implantaron la táctica de cubrir con sus fuegos a las guerrillas de infantería, en todas las fases del combate, por medio de vuelos rasantes, y cuando iban varios aparatos, unos aviones seguían a otros, en vuelo circular, mordiéndose la cola, denominándose “vuelo en pescadilla” y después “vuelo en cadena”. Este procedimiento que los pilotos españoles fueron pioneros, fue seguido por todas las aviaciones del mundo, por la mayor eficacia que proporcionaba.

El desastre de Annual inclinó a las autoridades españolas, políticas y militares, al empleo de la guerra química en las campañas de Marruecos. Varias comisiones reservadas fueron enviadas al extranjero, en ese mismo ve-

rano, para la adquisición de una fábrica de gases y poner en marcha un taller de carga en el Protectorado. El 14 de octubre se aprobó por orden circular las instrucciones para el tiro de artillería de neutralización con gases tóxicos.

Los rifeños de Abdelkrim, por otro lado, ya disponían de gases de guerra a finales de 1921, como lo demuestra las cartas del dos y seis de diciembre, del caíd Hadu ben Hammun a Abdelkrim, en la que le pide cuatro cajas de gas y dinero para comprarlas en Taurit, puesto fronterizo francés y lugar de contrabando.

La capacidad de ejecución en las harcas norteafricanas

Las cabilas rebeldes tuvieron muy buenas capacidades de ejecución para la guerra de guerrillas, pero no para un enfrentamiento convencional, que siempre llevaron las de perder.

Abdelkrim tampoco tuvo capacidad de ejecución contra el Ejército español, y su principal error fue considerar lo contrario. Las fuerzas del sultanato del Rif estaban en una posición céntrica, que le permitía actuar por líneas interiores, lo que le facilitaba la capacidad de concentración de esfuerzos y economía de medios, al tener las reservas centralizadas y centradas. Aunque la falta de caminos y de medios de transporte modernos era una fuerte limitación. Sin embargo, los españoles tenían que actuar por líneas exteriores, desde sus plazas costeras muy separadas geográficamente, lo que limitaba sus capacidades de concentración de esfuerzos y de coordinación.

CAMPAÑA DE 1922

PAUSA OPERACIONAL

La campaña de 1921 en la zona oriental había terminado con una situación favorable a los intereses españoles:

- Las cabilas de Quebdana y Ulad Setut habían vuelto a ser sometidas.
- Las cabilas de Beni Sicar, Mazuza, Beni Bu Ifrur Beni Sidel y Beni Bu Gafar estaban parcialmente sometidas.
- Las cabilas nómadas de Beni Bu Yahi y Metalza no habían tomado partido.
- Las cabilas rebeldes eran Beni Said, Beni Urriaguel, Bocoya, Gueznaya, Tensaman, Beni Tuzin, Tafersit y Beni Ulixek, aunque se consideraba que ninguna era impermeable a la acción política.

- La cabila de Beni Said, de gran extensión, con importantes poblados, valles fértiles y riquezas, era considerada muy vulnerable a una enérgica ofensiva española.

El gobierno de Maura cayó el 8 de marzo, y el nuevo gobierno solo autorizó continuar en las posiciones alcanzadas, pero sin nuevas acciones ofensivas, para asegurar las cabilas de la retaguardia, atraer las rebeldes con la acción política y, sobre todo, para repatriar a unos 20.000 soldados de reemplazo. Suponía un nuevo parón de las acciones ofensivas y dar tiempo a las harcas enemigas, que se repusieran, precisamente cuando ya el Ejército español estaba bien organizado y adiestrado, para explotar el éxito conseguido en las operaciones de reconquista.

Sin embargo, los intuitivos harqueños supieron explotar el éxito de la retirada de Annual, y no dieron tiempo a que los españoles se rehicieran. Mientras que, ahora los políticos españoles hicieron todo lo contrario y pararon las operaciones militares ofensivas.

Este parón operacional, fue percibido por las cabilas como debilidad de España, elevó la moral del enemigo y aumentaron las rebeldías y las agresiones. Abdelkrim lo aprovechó para:

- Cohesionar a las cabilas bajo su mando, no sin cierta resistencia. Introdujo un sistema centralizado y otro local paralelo.
- Abrir una red de caminos, para lo que empleó a los prisioneros españoles.
- Establecer una red telefónica con 77 estaciones.

Procedimientos tácticos del ejército del sultanato del Rif

Abdelkrim además, había potenciado su capacidad de combate con las armas capturadas a los españoles, especialmente cañones (110) y ametralladoras (62), que además constituían un valor simbólico. Estas capacidades fueron complementadas con la compra de armas y municiones, y la contribución de algunos desertores de la Legión Extranjera francesa y de las fuerzas indígenas españolas, para el adiestramiento de sus harqueños, en los procedimientos europeos de combate.

El ejército del sultanato del Rif lo organizó sobre la base de las harcas de la cabila de Beni Urriaguel, que tuvo como modelo los ejércitos occidentales, y el resto de las harcas siguieron combatiendo con sus procedimientos tradicionales. La instrucción de combate se hacía siguiendo los procedimientos tácticos españoles.

La evolución de la situación táctica y la necesidad de defender el territorio de un pretendido estado moderno, como el de la autodenominada República del Rif, devino a que prevalecieran los combates convencionales sobre la lucha de guerrillas, que era la mejor baza con que contaron las harcas cabileñas.

El Ejército de Abdelkrim tuvo la ventaja de combatir en su terreno, muy favorable para la defensiva, y de poder actuar por líneas interiores y, a pesar de contar con mercenarios europeos, sus cuadros de mando no tuvieron la preparación técnica ni táctica de los españoles, para llevar a cabo batallas convencionales.

La actitud general de los rifeños fue la defensiva. Sus posiciones defensivas, para eludir la observación y el fuego artillero, se establecieron en las barrancadas y contra pendientes, donde construyeron zanjas, trincheras, abrigos y galerías subterráneas, para sustraerse a las observaciones y fuegos de las fuerzas españolas.

Las fuerzas españolas

Inicialmente las tropas españolas de la zona oriental mantuvieron un espíritu ofensivo, hicieron constantes reconocimientos y amagos de movimientos ofensivos, para desconcertarlo sobre las verdaderas intenciones, crearles inquietud y favorecer las disensiones internas, y golpear el momento y lugar que se consideren oportunos. Esta actitud dentro de los mejores cánones de la ortodoxia militar, no fue bien vista por el gobierno más pacifista, por lo que llamó la atención al alto comisario, para que diera prioridad a la acción política y limitara la militar.

Las Juntas de Defensa fueron prohibidas formalmente, por real orden de 14 de noviembre de 1922, para el bien del Ejército. Ellas solas se habían desprestigiado totalmente en menos de cinco años. Habían evolucionado rápidamente hacia un sindicalismo militar egoísta, que causó graves daños en la disciplina y en el espíritu militar, al exigir y conseguir el escalafón cerrado y suprimir las recompensas por méritos de campaña.

Las fuerzas españolas se fueron potenciando con nuevos armamentos terrestres, aéreos, navales y gases de guerra:

- Los primeros carros de combate fueron empleados en 1916, durante la Gran Guerra Europea, y fueron utilizados por primera vez por el ejército español en esta campaña, con la denominación de “carros de asalto”. Los primeros carros españoles se emplearon en íntimo contacto con la infantería, y cuando no fue así se perdieron; porque la orografía restringía considerablemente su empleo y die-

ron un excelente resultado con un terreno favorable para el empleo de los carros, como en la toma de la meseta de Tikermin (1922).

- El fusil ametrallador Hotchkiss modelo 1922 (modelo 1909 del fabricante) fue adoptado para acompañar a los infantes en su avance, y las granadas de mano, empleadas profusamente durante la Primera Guerra Mundial. No olvidemos que Abdelkrim ya poseía algunos desde 1919.
- La aeronáutica militar alcanzó un alto nivel técnico, táctico y de eficacia. Se reorganizó en África con cuatro grupos, dos grupos en Melilla, con una escuadrilla de caza con base en Tauima y otra de hidroaviones con base en el Atalayón. Además de un grupo en Tetuán y otro en Larache. La fuerza aérea se empleó con extraordinaria eficacia y con procedimientos pioneros, tanto en la ofensiva como en la defensiva. Tuvo un enorme efecto moral, tanto para las tropas propias como las adversarias (claro que en sentidos opuestos). Bombardeó concentraciones enemigas y aduarez, ametralló a las harcas en las acciones ofensivas y defensivas, hizo funciones de enlace, exploración, reconocimientos visual y fotográfico, estafeta, apoyo sanitario, abastecimiento aéreo de posiciones cercadas y columnas, propaganda con lanzamiento de proclamas en árabe y levantamiento de planos y croquis fotográficos, de gran importancia ante la ausencia de cartografía.
- El buque Dédalo era capaz de operar simultáneamente con hidroaviones, dirigibles y globos cautivos.
- La Primera Guerra Mundial había impulsado el desarrollo de los gases como arma de guerra. España decidió emplear también gases tóxicos en sus campañas africanas. Aunque los empleó especialmente para acciones de contrabatería, y su eficacia fueron limitados. Los agresivos químicos no estuvieron prohibidos hasta su regulación internacional en el Protocolo de Ginebra del 17 de junio de 1925, sobre la prohibición de gases asfixiantes, tóxicos y de medios bacteriológicos, y siguió siendo legal hasta la respectiva ratificación por cada estado. España se adhirió al Protocolo ese mismo año y lo ratificó en 1929, dos años después de haber finalizado las campañas de Marruecos.
- Las bombas incendiarias fueron más eficaces que las cargadas con agresivos químicos, porque destruyeron cosechas, recurso básico de la economía eminentemente agrícola rifeña e imprescindible para continuar la resistencia armada.

- La asistencia sanitaria avanzada a las líneas de combate se siguió perfeccionando, gracias a las iniciativas del médico militar Gómez Ulla, al que tantos españoles le debieron la vida, que estableció hospitales quirúrgicos y quirófanos portátiles, que acompañaron a las fuerzas en la accidentada orografía de Marruecos. Su magnífica y abnegada labor fue reconocida dándole su nombre a un hospital militar de Madrid.

El sistema español de posiciones y destacamentos

El sistema de posiciones y de destacamentos merece un capítulo aparte porque ha sido injustamente denigrado, sin conocimiento de causa suficiente.

El sistema de despliegue militar sobre el terreno se basaba en una red de campamentos, posiciones y blocaos, ha sido muy discutida y criticada, considerándolo más una servidumbre que una solución. Una de las críticas al sistema español más persistentes ha sido su comparación con el francés, en el que el sistema de posiciones servía de base para ágiles columnas móviles para que irradiaran su poder de combate, pero ambas requerían necesariamente de posiciones fijas. La verdadera diferencia era que las fuerzas españolas en Marruecos, al contrario que las francesas, no dispusieron de una masa de maniobra suficiente para mantener las posiciones y contar con esas columnas móviles.

El número de posiciones era más numeroso, en general, que en el francés, pero respondía a razones de orografía mucho menos accidentada en la zona de responsabilidad francesa. Aunque el ejército galo en su región norte, que estaba en contacto con las estribaciones montañosas del Rif, llegó a desplegar hasta 66 puestos, proporcionalmente similar a la densidad de posiciones españolas.

El sistema de posiciones españolas fue eficaz cuando los militares contaron de esa masa de maniobra y tuvieron capacidad de ejecución, para combinar las posiciones con fuerzas móviles. El sistema de posiciones y acción política ha sido también puesto en entredicho por ser un procedimiento de avance lento; pero la ocupación de Tafersit y la cabila de Beni Said por el general Silvestre, con audaces movimientos rápidos y con los flancos descubiertos, fue el mismo procedimiento que acabó con el descalabro de Annual, que también ha sido criticado.

La finalidad de este sistema de posiciones era crear estabilidad en las zonas ocupadas, mantener la presencia permanente sobre el territorio,

tener fuerzas destacadas para poder operar en tiempo oportuno, mantener las comunicaciones y enlaces. Las cabilas sometidas necesitaban la protección próxima de las fuerzas españolas para evitar robos de ganados, incendios de poblados, imposición de multas y otras represalias por parte de las cabilas insumisas. La falta de esta seguridad les obligaba a una forzada rebeldía o a pagar cara su lealtad.

Las posiciones tuvieron las siguientes funciones:

- Establecer una línea de observación y seguridad en las líneas de contacto con fuerzas hostiles.
- Establecer una cortina entre la zona rebelde y la sometida.
- Proporcionar seguridad a las poblaciones bajo su control, contra las coacciones y cruentas represalias de harcas disidentes, y mantener la lealtad de las cabilas sometidas.
- Asegurar las rutas terrestres de comunicaciones y el enlace por medios ópticos o eléctricos.
- Organizar en las posiciones principales campamentos para el tránsito de fuerzas y establecer núcleos de reserva.
- Las posiciones secundarias tenían cometidos logísticos (aguadas y almacenes intermedios) y dar seguridad a las otras posiciones, por medio de blocaos, casas fortificadas y avanzadillas.
- Los servicios sanitarios de las posiciones, además proporcionaban sus servicios a los habitantes de la zona, lo que era un inmediato y poderoso foco de atracción política.
- La explotación local de recursos, especialmente alimentos, producía un beneficio a las poblaciones próximas con las ventas de sus productos y a buenos precios.

El gobierno de Sánchez Guerra en 1922 ya pretendió operar solo con columnas móviles, basadas en grandes campamentos, sin establecer posiciones secundarias, según el modelo francés en Argelia. Se basaba en que para solucionar el problema de que las posiciones eran sitiadas con frecuencia por el enemigo, lo mejor era suprimirlas. El alto comisario se opuso a esta solución, por las siguientes razones prácticas:

- Los campamentos seguirían necesitando un sistema defensivo de posiciones secundarias, para darles cobertura y asegurar sus comunicaciones y abastecimientos.
- Sin esas posiciones, que hacían efectiva la ocupación, los rebeldes atacarían impunemente a los aduare sometidos, y la garantía de su seguridad era el fundamento de su lealtad.

Las posiciones no se situaron de forma errática y torpe. Se colocaron después de un concienzudo estudio del terreno, análisis de la situación político militar de las cabilas donde se asentaban y medios disponibles. Lo demuestran las memorias del entonces teniente coronel Dávila, jefe de la sección de campaña del estado mayor de la Comandancia Militar de Melilla. Las posiciones se fueron adaptando a la evolución de la situación, con la creación de nuevas, supresión de otras, cambios de ubicación o de la entidad de las respectivas guarniciones.

Hubo dos conceptos para situar las posiciones, en la cresta topográfica o la parte más alta:

- La cresta militar, desde donde se puede observar el valle, se consideraba que era la más apropiada para la guerra convencional, por tener mejores campos de observación y de tiro, pero no para el tipo de lucha en Marruecos.
- Las crestas topográficas tenían peores condiciones para el empleo de las armas de apoyo, especialmente los cañones, y era más fácil al enemigo su acceso por sorpresa (como ocurrió en Abarrán); pero se encontraban más protegidas contra los francotiradores, eran más fáciles de municionar y para evacuar heridos.

No obstante, las posiciones tuvieron, en general los siguientes inconvenientes:

- La necesidad de realizar aguadas, por no tenerla en su interior.
- La falta de apoyo mutuo entre las diferentes posiciones, pero asegurar estos apoyos suponía fijar más fuerzas sobre el terreno, no siempre disponibles y, además, las posiciones se ubicaban en terrenos de cabilas que habían hecho acto de sumisión.
- Las obras de fortificación no estuvieron enterradas, sino con parapetos elevados que les daban relieve, con ello tuvieron más visibilidad, y fueron más vulnerables cuando los rifeños dispusieron de cañones.
- Eran de superficie muy reducida y con excesiva densidad de ocupación, aumentando las malas condiciones de habitabilidad y su vulnerabilidad.
- La prohibición rigurosa de hacer salidas para contrarrestar pacos (francotiradores) fomentaba el hostigamiento de los mismos, para combatirlos exclusiva e ineficazmente con la artillería, porque al harqueño tenía tiempo suficiente para ponerse a cubierto, desde que veía el fogonazo del cañonazo hasta la llegada del proyectil, para a continuación volver a seguir con el hostigamiento.

- Los servicios cotidianos de los servicios de descubierta, protección, aguadas, etc., tendían a hacerse rutinarios, con relajamiento de la seguridad, por lo que eran muchas veces vulnerables a las agresiones, en el momento y lugar más inesperados, incluso por cabileños que habitualmente trataban amigablemente, y proporcionaban una falsa sensación de seguridad.

Las posiciones, a pesar de todos los inconvenientes anteriores, triunfaron en la gran mayoría de las agresiones y asedios que sufrieron, principalmente por el estoicismo heroico de sus defensores, y también porque:

- Estaban diseñadas para quedar aisladas, con armas, municiones, agua y víveres, que les proporcionaban una autonomía limitada, mientras llegaban los socorros, y capacidad para defenderse en todas direcciones.
- Batían directamente y de cerca las alambradas, a pesar de los frecuentes ángulos muertos, que podían permitir a los agresores llegar a ellas sin ser detectados.
- La acción del jefe sobre los soldados se ejercía de forma directa, inmediata y contundente, lo que aumentaba la cohesión y la moral.
- Era más fácil y menos peligroso para la tropa europea permanecer en ellos que abandonar la posición en un territorio y ambiente hostil.

CONCLUSIONES MILITARES

Se analizan a continuación, y a modo de conclusiones, las campañas de Marruecos (1909–1927), en general, y también en las de 1919–1992, desde el punto de vista de los siguientes principios del arte de la guerra: voluntad de vencer, unidad de mando, capacidad de ejecución, libertad de acción y sorpresa.

Voluntad de vencer

Las cabilas rebeldes tuvieron siempre voluntad de vencer, sobre todo en la lucha de guerra de guerrillas. No obstante, tenían un sentido práctico de supervivencia, y acataban la autoridad del más fuerte, para cambiar de opinión en cuanto cambiara la correlación de fuerzas.

Sin embargo, cuando ofrecieron resistencia en lucha convencional, la superioridad española acabó imponiéndose, y las cabilas sometiéndose ante el más fuerte, con su característico espíritu práctico y fatalista.

Los sucesivos gobiernos españoles que se sucedieron en los 18 años de campañas no tuvieron un espíritu homogéneo, alternando la voluntad de imponerse a las de los rebeldes, con tratar de inútilmente de contemporizar e incluso, a veces, con espíritu abandonista.

Las fuerzas militares sobre el terreno tuvieron, en general, voluntad de vencer, y lucharon de forma disciplinada y abnegada. El derrumbamiento de la comandancia militar de Melilla, en julio de 1921, se debió a un trágico colapso de este principio básico del arte militar.

Unidad de mando

Las cabilas enemigas no tuvieron unidad de mando, hasta que Abdelkrim no consiguió unificarlas bajo su mando, cuando sometió bajo su autoridad a las cabilas occidentales, después de capturar a Raisuni en abril de 1925.

El bando español desde el punto de vista estratégico siempre tuvo unidad de mando, bajo el gobierno de turno, aunque no mantuvieron una estrategia definida y coherente.

Lo mismo se puede decir a nivel táctico sobre el terreno, quizás con la excepción de la campaña de 1921, en la que hubo una descoordinación entre el alto comisario, centrado exclusivamente en las operaciones militares en la zona occidental, desentendiéndose de la zona oriental.

Capacidad de ejecución

Las harcas enemigas tuvieron capacidad de ejecución en la lucha de guerrillas, pero no para enfrentarse al ejército español en guerra convencional.

España tuvo capacidad de ejecución sobrada para vencer las resistencias enemigas, pero no siempre puso los medios suficientes, sobre el terreno, para alcanzar los objetivos marcados. Es de destacar la capacidad de movilización y proyección oportuna de fuerzas, especialmente en la campaña de 1909 y con ocasión del desastre de Annual.

Libertad de acción

Las cabilas adversarias solo dispusieron de libertad de acción cuando la actitud española pasó, por directrices políticas, de ofensiva a defensiva; y viceversa para el Ejército español.

Sorpresa

El terreno, el ambiente, el tipo de lucha y la idiosincrasia de los harqueños facilitaban la obtención de la sorpresa en golpes de mano y emboscadas; y porque, como en toda lucha de guerrilla, podían pasar de una actitud amistosa a una agresión, por grave que fuera, sin solución de continuidad.

Los españoles nunca tuvieron la sorpresa estratégica, porque las intenciones estratégicas y operaciones fueron imprudentemente aireadas, con antelación, por los gobiernos y los medios de comunicación españoles.

La sorpresa táctica fue muy difícil de conseguir por las fuerzas españolas, sobre todo a causa de las filtraciones de las tropas indígenas propias, desconocimiento del terreno y el ambiente hostil. No obstante, a veces se consiguió sorpresas significativas, especialmente con fuerzas europeas y avezadas, y cuando se consiguió mantener el secreto, incluso para las fuerzas propias ejecutantes.

BIBLIOGRAFÍA

- ESCRIBANO BERNAL, Francisco: *Las campañas en Marruecos (1860–1927): la transformación del Ejército*. Las campañas militares en África. Madrid, 1920.
- FONTENLA BALLESTA, Salvador: *La Guerra de Marruecos*. Madrid, 2017.
- MINISTERIO DEL EJÉRCITO. *Doctrina. Empleo táctico y logístico de las armas y los servicios*. Madrid, 1976.
- SALAFRANCA ÁLVAREZ. Juan Ignacio: “Las campañas africanas”, en *Historia militar de España. Edad Contemporánea*, tomo IV, volumen II, pp. 142–164. Madrid, 2015.